

Descripción de la mentira

Angel Barja (Carta a Antonio Gamoneda) (*)

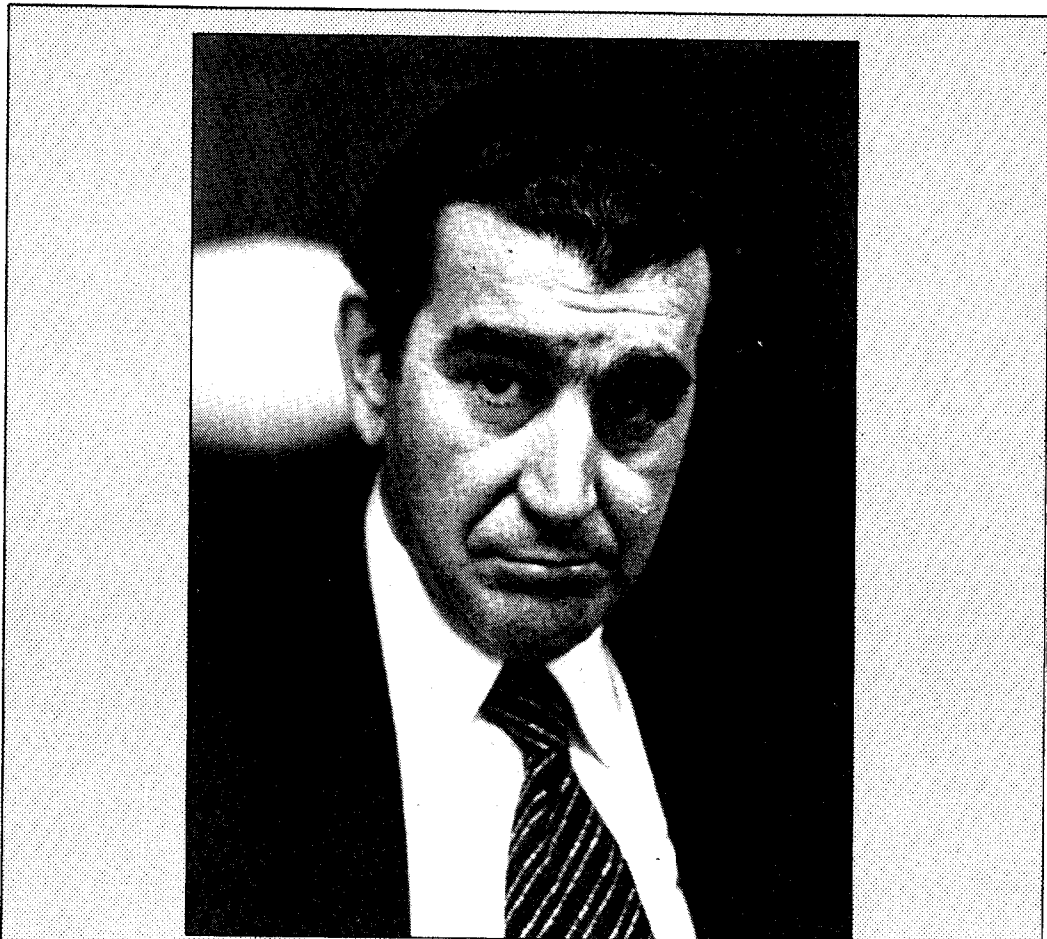
Antonio: He leído tu libro, tu último libro, al que has llamado —con gran inclemencia— «Descripción de la mentira». Lo he leído despacio, dejando resonar cada palabra en todos los abismos de mi mente y mi memoria, en todas mis concavidades donde nace la luz, hermana mayor de la sombra, donde nace la luz perenne, hermana de la sombra que pasa, pero que vuelve mientras existe el tiempo. He leído tu libro, tu último libro, al que muy bien podías haber llamado —con fina melancolía— «Descripción de la verdad».

Seguramente tú y yo, ¡y cuántos más sin duda!, sabemos que el tiempo es una gran verdad, triste o alegre, rotunda o frágil, limpia o cuajada de limos, según el nivel en que cayó el corazón y asentó la mirada.

Sin duda es cierto que pocos saben, ¿sabemos?, la hora del alba, libados como estamos por ávidas abejas de terrestres diccionarios, donde las palabras apenas llenan la alcuza de la pobre materia; que nos ronda técnicamente en una sociedad donde el pensamiento se esconde bajo los altos muros. Sin duda tu poesía, tu palabra o tu alma, están ahí como un llanto, como un cántico, como un ramo por donde han transitado los millones de seres que nacieron o nacen. Sin duda tu poesía, tu estirpe de gritos, opacidades o luces, se asoma —solamente se asoma— en subrealismo o gemido; en plegaria, denuncia o ámbito de estrellas.

Yo se que eres poeta, es decir, vidente. A la mañana, a la tarde, a la hora dulce o penosa de la noche, tú y yo —¡y cuántos más, sin duda!— silabamos la palabra, la piqueta del alma, que quiere llamar a la puerta detrás de la cual sólo anida —por fuerza invencible— la planicie limpia de un río donde, ya ahora, todos navegamos.

Una apocalipsis nítida y vigilante rozó tantas veces, sabiéndolo y no sabiéndolo; en la persecución feliz de la alegre noticia y en la brusquedad que produce el silencio de las incomprensibles montañas.



Los que sabían gemir fueron amordazados por los que resistían la verdad, pero la verdad conducía a la traición. Algunos aprendieron a viajar con su mordaza y éstos fueron más hábiles y adivinaron un país donde la traición no es necesaria: un país sin verdad. Era un país cerrado; la opacidad era la única existencia. Ciego en la inmovilidad, como basalto dentro de basalto, me poseyó el olvido. Este fue mi descanso. Permanecí, permanecí, pero mi hábito es la retracción, la retirada hacia una especie maternal. Y la virtud de mis oídos se adelgazaba dentro del silencio.

ANTONIO GAMONEDA.
Descripción de la mentira (fragmento).

No es tiempo de ser niños, ni es tiempo de cantar auroras o canciones de amor, porque —simplemente— hoy o mañana viene la penumbra que descubre de pronto la múltiple forma de nuestros esqueletos, de nuestras manos sapientísimas o de nuestros ojos que sólo ven el deseo de lo que quieren ver.

Antonio: Tu «Descripción de la mentira» es la historia de una geología milenaria, la página del libro que reside en las alacenas de los que beben vino sin la orden de la hora, sir la nostalgia de la proximidad del día. Tú dices que «vive en la anterioridad y su experiencia es cesar». La temporalidad es

tenaza que rompe nuestros frágiles vidrios con los que, quizá alguna vez, creímos levantar una ciudad sin piedras. Y tu palabra rueda, como un cántaro monte abajo, lleno de secretos, rompiéndose, queriendo despertar los muertos que abrazó la ladera. Tu palabra de hombre, es decir de promesa sólo, de proyecto, de

río sin peces todavía, de fuente impedida por raíces de árbol. Tu palabra de hombre que sabe muy bien que no hay rostro ni seno, que no hay oro ni política, que no hay vulva ni orgía, ni llanto siquiera, ni mucho menos gloria que pronuncie la voz necesitada.

He leído tu libro y he pensado de nuevo qué grande es el túnel que cava nuestro cuerpo, qué grande la luz y la sombra que busca la memoria. Detrás de las montañas, detrás del viento, detrás del amor incluso, detrás del silencio al que sólo «sobrevive» la música. He leído tu libro y comprendo muy bien su génesis al margen de toda altanería. No hay mentira ni descripción de ella. Tus palabras son flechas que buscan en el bosque el ave portadora de la única flor germinada, el ave que lleva en su pico la rama de olivo, el destello perenne detrás de la tormenta, el nombre incommunicable que haría derretirse nuestras vendas. Yo se muy bien que fue, que es, que será. Y que el abandono es solamente un símbolo del olvido futuro.

Pero yo he leído tu libro y me parece muy frágil el papel que debe soportar una carga tan grande. Y tengo miedo de los insipientes que sólo ven hasta la curva del mar o el pico del monte, siendo verdad, como lo es, que no hay montes ni mares, sino sólo la entreabierta presencia y la cerrada presencia, para que no se marchiten nuestras adivinaciones. Yo soy músico siempre y padezco la penuria de la palabra clave. He leído tu libro y te aprueban muchísimo, así por ejemplo, Webern, Bach, Beethoven y Mozart, nunca muertos. Con palabras o vísceras, tú; con música o relámpagos buenos, ellos. Terminó así, bruscamente, con mi gracias sencillo.

(*) Esta carta fue publicada por DIARIO DE LEON hace más de ocho años, exactamente el 25-XII-77, casi como voz en el desierto. Afortunadamente, Antonio Gamoneda ya existía entonces como poeta. Reproducimos esta carta como homenaje al que hace su obra en el silencio.

APUNTE

Poemas a diez lirras

Alfonso García

Tengo un amigo que, a la vez, tenía otro, poeta y revolucionario, al que le pagaban diez lirras por poema. O sea, a pelo, folio, allá por los sesenta. Y a las pagaba una dama romana, encopetada y sola, quizá embobadilla con el cuerpo robusto y atlético del muchacho. Lo cierto es que murió, por entonces, en Grenoble, con una granada en la mano, con los bolsos rugientes de monedas de diez lirras y con los versos rotos de amor.

Y tengo —bueno, tenía— otro amigo que sólo hizo pajaritas en su vida. Colecciones y colecciones de pajaritas de papel. Tantas, que invadiríamos el espacio aéreo nacional y parte del internacional. ¡Ah!, pero el papel era de la oficina, construido en horas de trabajo, y la pajarita le salía a billete azul. O sea, quinientas pelus el folio. Además hace unos años me quiso «emplumar» un discurso sobre la cultura. Y no me dejó, claro. Porque hablaba de pacotilla, de relevancias, de alternancias, de concomitancias, de exuberancias, de protuberancias, de ganancias y de fragancias. Y despedía un tuflito...

Comparen ustedes los dos ejemplos, y verán que enormes diferencias, sobre todo de actitudes. Las actitudes son las que dan salsa a la vida, no las instituciones. Y por eso persisten, conviven, se alargan, aquí y ahora, las dos proyecciones de los ejemplos. Uno, el primero, acorralado por la vocación, por la necesidad, quizá por la cointumbre, acaso por el orgullo. El segundo, aunque más arreglado de porte, que piensa en el negocio del papel y lo valora como desprecio casi mítico, sin agravios comparativos. Usa lo que podríamos llamar la plusvalía de las letras, de los márgenes, de los caracteres, de los tipos, de los notipos y daguerrotipos. Y estos tipos-da-guerra, salvados quien pueda, y librense de incendios. El incendio puede llegar de la ceniza de sus puras mientras contemplan cómo curva de la felicidad —en sentido usual—, crece a ritmo lento pero seguro. Da lo mismo que el cielo esté encapotado o que peen las estrellas en una hermosa noche para la palabra lida o el amor.

Salmos de la Meseta (6)

Angel Barja

(El desierto ondeó su turbante denso de arena, se abrigó el mar Rojo como un jarrón de estrellas. Israel transitó la entraña virgen de los mares, como verja a golpe de viento se rasgaron los mares. Moisés soltó de su mano la brida de los mares, y las aguas derrumbaron su alfanje sobre el enemigo. El Sinaí abortó en llamaradas sus crestas cuando Yavé cubrió con su presencia la altura de las cumbres. La mirada de Dios retumbó en las hondonadas, quebrantó la corva empalizada de la luna. Moisés anudó con fuego los cielos y la tierra, con cabellos alborotados de relámpago bajó por la ladera. Sobre el pueblo escogido bramó el dogal del desierto, le subió por los ojos la cuchillada interminable de las dunas. El clamor sediento cuajó en charcos removidos de quejas y lamentos, ascendió esponjándose en la hamaca de los astros. Moisés quebró el cráneo de la roca en el Meriba, de sus ubres reseca arrancó una fuente. Israel estrujó su dolor en los lagares, del zumo exprimido nació su alegría).

